



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Los encuentros y desencuentros de los estudios de mujeres y el movimiento feminista

Autor:
Navarro, Marysa

Revista
Mora

2001, N° 7, pp. 106-113



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA



Los encuentros y desencuentros de los estudios de mujeres y el movimiento feminista

Marysa Navarro*

En primer lugar, quisiera felicitar a las organizadoras de este congreso y agradecerles la invitación que me han hecho. Es un honor para mí estar con ustedes y estoy verdaderamente muy agradecida.

Lo que voy a tratar de hacer hoy es compartir con ustedes algunas reflexiones sobre la compleja y difícil relación entre el feminismo y los estudios de mujeres, aclarando desde ya que cuando hablo de feminismo en realidad quiero decir feminismos, pues no hay uno solo. Me refiero a "la segunda ola" feminista, ese movimiento de mujeres que comienza a mediados de los años sesenta en los Estados Unidos y en algunos países europeos y desde allí se va extendiendo al mundo entero. Lo que me interesa es detenerme en el distanciamiento que se ha producido entre el feminismo y los estudios de mujeres, un distanciamiento que se refleja en algunas disciplinas en una creciente preocupación por lo teórico, el uso de un lenguaje críptico reservado a personas iniciadas y una temática que no siempre ilumina el pasado (ni el presente o el futuro), ni lo conecta con la vida de las mujeres que no están en la academia.

Desde ya el tema es muy amplio y necesitaría mucho más tiempo del que se me ha dado para tratarlo como se merece. Advierto también que voy a ceñir mis comentarios al ámbito argentino, más bien dicho al porteño, aunque en un primer momento tenga que empezar desde un escenario mucho más amplio.

Para cuando surgen las primeras voces feministas en América Latina, en 1970, el movimiento feminista ya se había puesto en marcha en los Estados Unidos y en algunos países europeos desde mediados de la década anterior. A pesar de carecer de líderes y contar con una infinidad de grupos y colectivos autónomos ocasionalmente dispuestos a coordinar sus fuerzas, en los Estados Unidos por ejemplo, estaba ya en vías de convertirse en el movimiento social más amplio y de mayor alcance en la historia de ese país (como lo será en muchos otros, por otra parte). Era un movimiento cuyo impacto tiene expresiones muy diversas que van desde la legalización del aborto en 1973, a cambios en las relaciones domésticas, en las instituciones educativas y profesiones, el trabajo, los sindicatos, la música, la literatura, y la ley, hasta los deportes, la política, el reconocimiento que la violencia contra las mujeres es un crimen y la creación de planes de igualdad de oportunidad -todo esto y muchísimo más.

Es un movimiento que en los años sesenta empezó llamándose en inglés "*women's liberation movement*", o sea movimiento por la liberación de las mujeres -nombre que ha desaparecido de nuestro vocabulario, fagocitado por "feminismo", pero que revela una de las vertientes radicales del movimiento, que lo marcó profundamente, en su apropiación del concepto de liberación nacional, señalando

* Dartmouth College.

su compromiso con la Nueva Izquierda (lo que se llamó en aquella época the *New Left*), con el movimiento por la paz y contra la guerra del Vietnam y así también su fuerte composición estudiantil. Recordemos simplemente que los primeros planteos feministas se hacen en el movimiento estudiantil, en el grupo de estudiantes negros SNCC (comité coordinador estudiantil por la no violencia) y en SDS (estudiantes por una sociedad democrática), y que el primer enfrentamiento público es de 1964, en un congreso de SDS (las estudiantes que presentan un pliego de reivindicaciones que mujeres son recibidas con tomates). Al año siguiente, 1963, Betty Friedan publicará *The Feminine Mystique*, hecho que marcará el surgimiento de otra vertiente importante, que busca la igualdad, la reforma legal y tiene como símbolo a NOW. Como una expresión más de ese movimiento de liberación, que cree en una militancia de 48 horas sobre 24, en el ámbito universitario norteamericano en la segunda mitad de los años sesenta surgieron los primeros cursos de estudios de mujeres, que a partir de 1970 se transformarán en unidades académicas distintas a los departamentos, o sea en los programas interdisciplinarios de estudios de mujeres, conocidos también como programas de estudios feministas y mucho más tarde como programas de estudios de género. Estos cursos también reflejaban cambios importantes en el tercer ciclo norteamericano, entre otros la admisión de mujeres en instituciones y carreras que las excluían y el aumento del número de mujeres en las universidades y escuelas profesionales.

Los primeros cursos de mujeres por lo general fueron de literatura, pero muy pronto surgieron cursos de historia por la necesidad de responder al simúnúmero de preguntas que venían del movimiento, con lo que se demostró una vez más cuán acertada es la observación del crítico inglés John Berger cuando dice que la pasión por la historia es particularmente intensa, no en las universidades, sino en los movimientos populares que luchan y buscan sobrevivir. A las preguntas: ¿por qué existe discriminación contra las mujeres? ¿desde cuándo la hay? ¿por qué parece haber solamente reinas en el pasado y no otra clase de mujeres?, nosotras, las que empezábamos a enseñar historia, agregábamos: ¿por qué toda la historiografía que leemos está escrita por hombres y todos nuestros profesores han sido hombres y aunque nosotras somos historiadoras, cuando ellos se refieren a las personas que escriben historia hablan "del historiador" como si nosotras no existiéramos o fuéramos hombres? ¿por qué?, al decir de la feminista inglesa Sheila Rowbotham, "¿nos habían escondido de la historia?" (*Hidden from History*, 1973).

Desde el punto de vista de nuestra disciplina, a partir de nuestras preguntas, y a pesar de la fuerte resistencia de los historiadores que por otra parte todavía continúa, en los últimos treinta años se han incorporado nuevas interlocutoras al debate historiográfico que ellos habían monopolizado durante tanto tiempo, con planteos que cuestionan lo que tradicionalmente se entendía por historia (cualquiera fuera la corriente o escuela), las fuentes en que se apoyaba, su periodización y sus metodologías, porque no tomaba en cuenta la experiencia y la participación de las mujeres en ella. La resistencia de los historiadores en las primeras décadas se explica, pues el escribir historia feminista significaba atacar la profesión de "Historiador", en momentos en que buscábamos entrar o permanecer en ella y además criticar la historiografía tradicional haciendo trabajos que tarde o temprano no pudieran ser ignorados (aunque en esos momentos tuvieran el poder de rechazar lo que hacíamos sin darnos razones, como por otra parte lo hacían). En una disciplina en la que supuestamente reinaba la objetividad, renovada, vital, prestigiosa y de rancia

tradicción, como lo era la Historia en los años sesenta, las feministas pretendíamos incorporar una temática que los historiadores habían considerado siempre menor, marginal, cuando no irrelevante y sin mayor incidencia en los "Grandes" problemas históricos, careciendo de modelos para hacerlo, de marcos de referencia, de filosofía e intelectuales de prestigio que justificaran nuestro proyecto y por si esto no fuera poco, proclamando a toda voz nuestra subjetividad y nuestro compromiso político.

Por lo general, durante los años setenta, los trabajos de investigación histórica buscaban sobre todo recuperar figuras femeninas o incorporarlas al análisis histórico, ya sea como víctimas del machismo o como rebeldes y luchadoras. Al igual que los trabajos de investigación realizados en otras disciplinas, buscaban hacer visible lo invisible. Descubrimos entonces el mundo de lo público y de lo privado, lo permitido y vedado y empezamos a tener una idea de lo que pensaban las mujeres sobre la sexualidad en distintos momentos históricos, su rol en la familia según su edad y estado civil, sus relaciones con sus hijos e hijas, su religiosidad, su participación en organizaciones, en la fuerza de trabajo y su compromiso con movimientos políticos, fueran feministas o no.

No puedo dejar de recalcar la importancia de la existencia de un movimiento feminista pujante, con una visión cultural y política radical y revolucionaria como paso previo al surgimiento de los estudios de mujeres. Tanto en Europa como en los Estados Unidos, los estudios de mujeres son una consecuencia, un resultado del movimiento feminista y no se entienden sin él. Si bien pronto surgieron preguntas específicas en cada disciplina, el impulso inicial, las preguntas básicas y los temas a investigar vinieron del movimiento y marcaron profundamente la dirección, el contenido, los fundamentos teóricos y los objetivos de los estudios de mujeres, su inserción en las universidades y, en un sentido más general, en los procesos educacionales.

El movimiento indudablemente ancló los estudios de mujeres en la política feminista. Les dio tanto un origen político como un fin político pues el enseñar literatura, antropología o historia feminista tenía como fin formar nuevas generaciones de estudiantes feministas. Pero el producir un nuevo conocimiento feminista *también* tenía como propósito atacar frontalmente al patriarcado en una de sus instituciones fundamentales, la universidad (que conserva, produce y transmite la ortodoxia y, por lo general, se siente lo suficientemente fuerte como para permitir la participación en ella de algunos iconoclastas, las iconoclastas seremos todavía menos, mientras produzcamos conocimiento según las reglas que "la ciencia" impone). Con esto, contribuíamos al desmantelamiento del machismo, poníamos fin a la opresión de las mujeres y apurábamos el proceso de liberación.

El mundo académico era un ámbito más de lucha feminista y los programas de estudios de mujeres eran los espacios necesarios dentro de la universidad para que las feministas universitarias, estudiantes o profesoras, pudiéramos librar esa lucha en una relación constante, permanente, vital, y profunda con las mujeres que estaban fuera de ella. Como lo indicaba la Asociación Nacional de Estudios de Mujeres en su carta fundacional:

La característica esencial de los estudios de mujeres ha sido y continúa siendo su rechazo de la división estéril entre la academia y la comunidad... entre la persona y la sociedad. Los estudios de mujeres forman a las mujeres para transformar al mundo y crear un mundo libre y sin opresiones...

Por definición, otra característica de los estudios de mujeres fue su inter, intra o multidisciplinariedad, es decir se fue gestando como un campo de estudio que se nutre de los aportes de varias disciplinas y por lo tanto no encaja fácilmente dentro de la estructura académica tradicional organizada en departamentos que generalmente representan disciplinas. El modelo fue elaborado por el Movimiento Negro. Éste encontró la forma de neutralizar la oposición de algunos departamentos y/o la impenetrabilidad de ciertas disciplinas, exigiendo el establecimiento de programas de estudios interdisciplinarios para rescatar la experiencia de la población negra en los Estados Unidos y elaborar un conocimiento que contribuyera a su transformación y pusiera fin al racismo.

Pero el desarrollo del feminismo y el surgimiento de los estudios de mujeres son procesos con características y tiempos muy diferentes en América Latina. Por empezar los movimientos feministas surgen bastante más tarde en todo el continente. Las pioneras son las feministas argentinas. Son pocas pero ahí están: se llaman Gabriela Cristeller, Leonor Calvera, María Luisa Bemberg, Alicia D'Amico, y Sarita Torres que en el Buenos Aires del año 1970 fundan la Unión Feminista Argentina (UFA), las que crean Nueva Mujer y publican dos libros y también María Elena Oddone que en 1972 funda el Movimiento de Liberación Femenina y sale a la calle con *Persona*. En la ciudad de México, el primer grupo feminista Mujeres en Acción Solidaria, anuncia su presencia en 1971 con un acto público de protesta contra la celebración del Día de la Madre. En Lima en 1973, un grupo de feministas peruanas con el nombre de (ALIMUPER) Alianza para la Liberación de la Mujer Peruana organiza una mini-manifestación frente al Hotel Sheraton donde se elige Miss Universo y las primeras feministas brasileñas se darán a conocer en 1975, en plena dictadura militar. Los grupos se multiplicarán poco a poco en la década de los ochenta, pero se extenderán a todo el continente, solamente en la década de los años noventa.

Los primeros grupos, pequeños, frágiles, empiezan a reflexionar sobre el ser mujer en un ambiente de enorme hostilidad, en momentos en que lo que importaba sobre todas las cosas era la revolución, que por otra parte era supuestamente inminente. Tal era la situación en la Argentina, donde el gobierno encabezado por el Teniente General Alejandro Agustín Lanusse se aprestaba a poner fin a la exclusión del peronismo en un clima de violencia por parte del gobierno y de las guerrillas que aumentaba inexorablemente. La posibilidad de reflexión sobre lo privado, lo personal, el cuerpo, la sexualidad, lo privado o una política alternativa con bases distintas a las tradicionales fue recibida con desprecio, se ridiculizó y se caracterizó como un fenómeno pequeño burgués, trasnochado, descolocado y antinacional. Terminó ahogada por los asaltos, las consignas de "luche y vuelve" o "Si Evita viviera sería montonera" y el poder desenfrenado del Estado de seguridad nacional.

En 1974, cuando algunas de las feministas habían salido a la calle e iniciado la campaña por la patria potestad, se les une una nueva organización, CESMA, y junto con la Agrupación de Mujeres Socialistas tratan de incidir sobre la posición del gobierno argentino en la conferencia del Año Internacional de la Mujer patrocinada por las Naciones Unidas en México en 1975. Pero la presidenta Isabel Martínez de Perón, la primera mujer jefe de gobierno en la historia del país y la única en el mundo en esos momentos, demostró tener una total falta de sensibilidad a los planteos de las feministas, ya que hasta vetó la ley de patria potestad por la que habían trabajado

denodadamente. El último grupo creado en este período, DIMA (Derechos Iguales Para la Mujer) organizado por Sara Rioja, que surgió en 1975, también participó activamente en la campaña por la patria potestad.

Pero el golpe de 1976 y la implantación de otra dictadura militar, mucho más sangrienta que la anterior, cerraron esta nueva etapa del feminismo argentino, aunque no lo destruyeron. Empezó a recomponerse cuando se aceleró la descomposición del régimen militar. Cuenta Leonor Calvera que en 1980 a Sarita Torres se le ocurrió que había que hacer una nueva campaña para reformar la patria potestad y así salieron a la calle a buscar firmas y cuando el país volvió a la normalidad institucional consiguieron que se aprobara finalmente la ley. En 1981, María Elena Oddone sacó de nuevo *Persona* y fundó OFA (Organización Feminista Argentina). Susana Sommers instaló una librería feminista que solamente pudo aguantar tres años y durante la Guerra de las Malvinas las feministas de ATEM 25 de Noviembre, empezamos a reunirnos todos los sábados por la tarde en la casa de Hesperia Berenger, con la infaltable Sarita Torres, pero también con Chita, Marta Fontenla, Maggie Bellotti, Cristina Papini, Lucrecia Oller, entre otras y el 8 de diciembre de 1983 salimos a la calle para acompañar a las Madres de Plaza de Mayo en su marcha.

En lo que se refiere a los estudios de mujeres es sin embargo durante la dictadura militar, cuando de hecho las feministas están retiradas de la esfera pública, que la academia argentina desde sus nuevos centros de investigación de ciencias sociales empieza a desarrollar líneas de trabajo sobre mujeres. Elizabeth Jelín, Ruth Sautu, Zulma Recchini de Lattes y Catalina Wainerman, son las autoras de una serie de trabajos publicados en esa década, resultados de investigaciones realizadas en centros tales como el CENEP y el CEDES. Como lo expliqué en otra oportunidad, estos trabajos (como los de otras investigadoras en México, Brasil y Colombia por esta época) no estaban escritos desde una perspectiva feminista pero representaron aportes verdaderamente importantes a nuestros conocimientos sobre las condiciones de las mujeres en la Argentina y en el resto de América Latina y, por lo tanto, se enmarcan dentro de la producción que buscaba hacer visible lo invisible. Los centros continuaron apoyando esta temática, incluso con la participación de feministas declaradas. Este proceso fue impulsado por el seminario patrocinado por la Fundación Ford sobre Perspectivas Femeninas en las Ciencias Sociales de Latinoamérica que tuvo lugar en el Instituto Di Tella en 1974 y que fue un verdadero hito pues marcó el comienzo de varias reuniones (en Wellesley 1976, México 1977 y Río de Janeiro 1978) en las que a pesar de los enfrentamientos o quizás por ellos, fueron delineándose diferencias, surgiendo nuevas preguntas, al tiempo que se ampliaban los temas a investigar en las ciencias sociales. El intercambio de ideas entre investigadoras norteamericanas y latinoamericanas también fue ayudado por los congresos de LASA y la existencia de subsidios para la investigación.

También durante la dictadura militar se abrió en Buenos Aires una institución dedicada a los estudios de mujeres. En el año 1979, un grupo de psicólogas, entre otras Gloria Bonder y Cristina Zurutuza, fundaron el CEM (Centro de Estudios de la Mujer), "la primera institución argentina abocada al estudio e investigación interdisciplinaria de la mujer que enmarca su tarea dentro de los lineamientos de los estudios de la mujer". Esta institución nació pues con propósitos distintos a los que conformaban los centros académicos argentinos en ese entonces. Y como no podía ser de otro modo en el país de las juntas militares, nació despolitizado, sin objetivos políticos y sin poder nutrirse de los aportes de un movimiento feminista

inexistente -en tanto movimiento- en esos momentos. A pesar de que se abrió a las feministas, en mi opinión el CEM no consiguió transformarse en parte del movimiento cuando éste resurgió y no pudo servir de puente con la academia y cerrar así el desfase que de hecho se había producido entre éste y los estudios de mujeres como resultado del proceso histórico argentino.

La incorporación de los estudios de mujeres a la universidad argentina, a pesar de las características de ésta y de la ausencia de un movimiento estudiantil feminista, se produjo finalmente con el retorno de la democracia, impulsada por profesoras universitarias feministas. Los primeros cursos en la Universidad de Buenos Aires (en Psicología) son de fines de los ochenta. Para esa época, como había sucedido en otros países, desde el movimiento, feministas como Mabel Bellucci y Mirta Henault habían empezado a preocuparse de la historia de las mujeres, también lo habían hecho investigadoras como María del Carmen Feijóo y habían salido los primeros números de *Brujas y Feminaria*.

Hay que señalar, por otra parte, que el fin de la dictadura militar marcó un momento de gran actividad y visibilidad para el movimiento feminista. Fueron los años de Lugar de Mujer, de la campaña por la reforma de la patria potestad, que finalmente fue aprobada en 1985 -el mismo año en que la vieja feminista Alicia Moreau de Justo se sentó en primera fila frente al Congreso para festejar el 8 de marzo-, los años de la Multisectorial de la Mujer y de acercamiento al gobierno para algunas mujeres, años en los que las feministas argentinas (dentro y fuera de la academia) trabajaron con enorme entusiasmo para poner fin a las desigualdades que todavía marcaban sus vidas.

Habría que esperar hasta los noventa para que finalmente se fundaran varios programas de estudios de mujeres en distintas universidades argentinas, inclusive el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Universidad de Buenos Aires, que auspicia este congreso.

La historia del movimiento feminista y de los estudios de mujeres en la Argentina es una historia de desencuentros, pero no creo que sea única. En gran medida, se repite con ligeras diferencias en otros países de América Latina. Pero si bien esa historia nos da razón de las desconexiones presentes y de lo mucho que se necesita hacer desde el movimiento y desde la academia para crear los espacios donde se puedan tejer los lazos comunes que corresponden a esta historia, no basta para explicar algunos aspectos del distanciamiento entre los estudios de mujeres y el movimiento. Aquí pienso que debemos detenernos para mirar qué es lo que ha pasado desde que el concepto de género entró en nuestro vocabulario.

En los Estados Unidos, el concepto de género fue introducido en el discurso teórico feminista como parte de la preocupación con lo que la sociología llama "roles sexuales", por dos colecciones de estudios antropológicos (Michelle Rosaldo and Louise Lamphere - *Women, Culture and Society*, 1974 y Rayna Reiter, *Toward an Anthropology of Women*, 1975). Aunque a decir verdad la inglesa Ann Oakley en 1972 ya había señalado la necesidad de distinguir entre "sexo", "palabra que se refiere a las diferencias biológicas entre macho y hembra" y "género" "la clasificación social de masculino y femenino". Las ideas adelantadas por Rosaldo y Lamphere, Sherry Ortner y Gayle Rubin en esas obras parecieron ofrecer una explicación plausible para entender el origen y las causas de la inferioridad social de las mujeres, una preocupación dominante en esos momentos, y dieron nuevas dimensiones a lo que se entendía por "roles sexuales". En Historia, en momentos en que la

preocupación era tratar de entender qué quería decir hacer historia feminista, ¿qué pasaba con la periodización tradicional?, ¿era necesaria una nueva metodología?, ¿hasta qué punto la incorporación de un nuevo sujeto histórico cambiaba la disciplina? (tema sobre el cual había gran desacuerdo), Joan Kelly-Gadol y Natalie Zemon Davis comenzaron a insistir en la necesidad de dar a la historia feminista un contexto teórico para poder investigar "las relaciones sociales entre los sexos", según la primera, mientras que para la segunda, el objetivo de una historia feminista era "descubrir la variedad de roles sexuales y simbolismos sexuales en diferentes sociedades y períodos, averiguar qué funciones tenían y cómo funcionaban para mantener el orden social y para promover cambios."

La insistencia en la necesidad de teorización, tanto en Historia como en otras disciplinas y también en los programas de estudios feministas, apuntaba a la elaboración de un campo de investigación aceptable desde el punto de vista académico y con tanta legitimidad como cualquiera de las viejas disciplinas. Cuando a mediados de los años setenta apareció el concepto de género fue adoptado por todas las disciplinas y los estudios de mujeres como *la categoría* fundamental con la cual se podía alcanzar el nivel correcto de teorización y de allí en más se repetiría como una mantra, género, clase y raza y/o etnicidad (a esto luego se le agregaría orientación sexual) hasta el punto de que muchos programas de estudios de mujeres se cambiaron el nombre y se transformaron en estudios de género.

En Historia, un artículo de Joan W. Scott en *The American Historical Review*, la revista publicada por la Asociación de Historiadores e Historiadoras de los Estados Unidos, marcó un hito. Scott elaboró una definición de género cuyo propósito era tratar de quebrar la fijación con la búsqueda de causas, con la oposición entre lo doméstico y lo público y así poder analizar la continua y compleja significación del género y la significación del poder en la historia.

Tanto el concepto de género como la idea de las relaciones de género nos han dado un mayor entendimiento de lo que debe ser el sujeto histórico, pero en mi opinión, también han contribuido notablemente a la despolitización de la investigación académica feminista. Además, a pesar de que se multiplican las definiciones del concepto de género desde las distintas disciplinas, hay una creciente confusión sobre el tema y sobre las metodologías adecuadas para su análisis. Como lo señalaba Jane Flax hace unos años, no solamente no estamos de acuerdo sobre lo que es el género, sino que no sabemos cuál es su relación con las diferencias sexuales anatómicas, cómo se producen los cambios en las relaciones de género en el tiempo, qué relaciones hay entre relaciones de género, sexualidad y un sentido de identidad individual o qué relación hay entre heterosexualidad, homosexualidad y las relaciones de género-, todo lo cual no ha impedido que en 1995, el Vaticano denunciara el género como un concepto muy peligroso. El panorama se ha complicado todavía más con las contribuciones de Judith Butler, Nancy Fraser, Linda Nicholson, los ataques de Joan Scott "al marco referencial epistemológico de la historia ortodoxa" y las respuestas de historiadoras como Linda Gordon, Christine Stansell, Catherine Hall o Lynn Hunt que rechazan su planteo de que "solamente el posestructuralismo y la deconstrucción pueden ofrecer el camino hacia adelante."

En los Estados Unidos, el hacer teoría feminista o teoría de género es cada vez más la preocupación principal de ciertas académicas que trabajan sobre las mujeres desde distintas disciplinas tales como la filosofía, la lingüística, la crítica literaria y la historia. Estas teóricas feministas, generalmente no tienen conexiones con los

programas de estudios de mujeres, aunque sus trabajos sean leídos por las estudiantes de esos programas y, a pesar de declarar su feminismo, tampoco parecen tener conexiones con el movimiento, admitiendo desde ya que éste es todavía más amorfo de lo que era, más descentralizado y desorganizado y todavía sigue sin líderes, aunque en ciertas áreas tales como políticas de salud, el aborto y los derechos reproductivos, ha hecho gala repetidamente de una enorme capacidad de movilización y organización a nivel nacional e internacional y tuvieron un fuerte impacto en políticas públicas, desde la conferencia mundial sobre medio ambiente de Río de Janeiro a la conferencia mundial de Beijing, pasando por la de población de El Cairo. Por su parte los programas de estudios de mujeres, que desde su fundación han tenido una relación compleja con las disciplinas y no todo lo armoniosa que sería de desear, con tensiones entre las exigencias del rigor disciplinario y las necesidades de un nuevo campo de investigación interdisciplinario, se han visto debilitados por los recortes de los subsidios federales a las universidades públicas durante las presidencias de Reagan y Bush, y han perdido cierta legitimidad. En muchos casos fueron abandonados por las teóricas que se han ido a sus departamentos, sin resolver algunos problemas como el de la interdisciplinariedad y su rol en la academia y se vieron relegados a un segundo plano, pues según sus críticos y críticas, lo que importa en ellos es lo que se define como políticamente correcto "*politically correct*" y la política de las minorías o de las identidades, o sea "*identity politics*".

No quisiera dejar la impresión de que me pierdo en la nostalgia y que creo que todo tiempo pasado fue mejor, aunque, a decir verdad, en este caso creo que los años en que estábamos descubriendo lo que eran los estudios de mujeres fueron mejores, porque nosotras las profesoras sabíamos tan sólo un poco más que las alumnas y los cursos eran extraordinarias experiencias pedagógicas donde se quebraban jerarquías formales y desarrollábamos nuevas prácticas de trabajo intelectual basadas en la cooperación y la ausencia de competitividad -cosa que ya no vemos. Tampoco cuestiono el derecho de nuestras colegas a comprometerse con la búsqueda de la piedra epistemológica y hacer "ciencia" sin preocuparse de las consecuencias políticas que tengan sus investigaciones, pero como historiadora comprometida con la academia y con el feminismo, soy de las que no quieren abandonar ninguno de los dos compromisos, por entender que las necesidades de las mujeres en todo los países son todavía muy grandes, las resistencias a los cambios que exigimos muy fuertes y nos queda mucho por devolver al movimiento.

Por eso me conmuevo cuando las feministas de Flora Tristan en el Perú consiguen convencer a las autoridades de la muy benemérita Universidad de San Marcos de la necesidad de crear un programa de estudios de mujeres en conjunción con Flora. Y la prueba de cuanto puede servir al movimiento, a las mujeres y también a los hombres lo que hacemos es lo que ha sucedido en Francia con la paridad. La reforma de la constitución y la incorporación del concepto de paridad a la misma sería inconcebible sin los trabajos de historiadoras feministas tales como Marie France Brive, Geneviève Fraisse, Dominique Godineau, y otras, que han trabajado sobre sobre las mujeres en el siglo XVIII y durante la Revolución Francesa, realizando investigaciones que han sacado a luz un conocimiento ignorado por los historiadores -una vez más han hecho visible lo invisible- y sin la movilización del movimiento feminista que ha utilizado esa información para conseguir que por primera en la historia de ese país se cumpla verdaderamente aquello de libertad, igualdad y fraternidad.

